

TENSIONES Y DIVERGENCIAS ENTRE LA POLÍTICA Y LA ESTRATEGIA: EL CASO DEL GENERAL MACARTHUR

Luis Marcelo Altamirano Junqueira

Comando Conjunto del Ecuador, Quito, Ecuador

*Autor de correspondencia: luisaltamirano175@yahoo.com

Recibido 11 de junio 2018 / Aceptado 23 de junio 2018

RESUMEN

El entendimiento de las relaciones civil-militares evoluciona conforme los contextos. Su análisis debe estar ligado obligatoriamente con los procesos históricos. En este marco, la Guerra de Corea evidenció los momentos de cambio y ruptura de 'estructuras y agencias' durante la transición de la Segunda Guerra Mundial hacia la Guerra Fría. El legado de las prácticas sociales empleadas, en el pasado reciente a este evento fortalecieron y a la vez, cuestionaron las estructuras normativas de entendimiento de la 'realidad' –la más influyente fue la anarquía, como falsa precondition del sistema internacional–. La incertidumbre afectó los procesos de asimilación y acomodación de los intereses e identidades, lo que llevó a una tensión civil-militar respecto de cómo dirigir o enfrentar con éxito la guerra. Adicionalmente, el papel protagónico de oficiales prominentes, como fue el caso del general MacArthur, y la absorción de personal militar en varias áreas gubernamentales debilitaron el control civil-militar, lo que abrió la puerta a controversias entre la política y la estrategia. En este sentido, la condición de EE.UU. como potencia ganadora de la Segunda Guerra Mundial, nacida bajo la influencia de principios liberales, permitió sostener el proceso de conformación de estructuras corporativas. De allí que la agencia se muestra como el elemento en la dicotomía agencia-estructura que explicaría la transformación del sistema.

Palabras clave: civil-militar, liberalismo, constructivismo, agente-estructura, MacArthur.

ABSTRACT

The understanding of civil-military relations evolves according to the contexts. Its analysis need to be linked with the historical processes. In this context, the Korean War evidenced the moments of change and rupture of 'structures and agencies' during the transition from World War II to the Cold War. The legacy of social practices used in the recent past to this event strengthened and at simultaneously, questioned the normative structures of understanding of 'reality' - the most influential was anarchy, as a false precondition of the international system. The uncertainty affected the processes of assimilation and accommodation of interests and identities, which led to a civil-military tension regarding how to lead or face the war successfully. In addition, the leading role of prominent officers, as was the case of General MacArthur, and the absorption of military personnel in various governmental areas weakened civil-military control, which opened the door to controversies between politics and strategy. In this sense, the US condition as the winning power of World War II, originated under the influence of liberal principles and it allowed to sustain the process of conformation of corporate structures. Hence, the agency is demonstrated as the element in the agency-structure dichotomy that would explain the transformation of the system.

Keywords: civil-military, liberalism, constructivism, agent-structure, MacArthur.

INTRODUCCIÓN

La Guerra Fría fue un período historiográfico marcado por la confrontación bipolar entre EE.UU. y la ex URSS durante poco más de 40 años. Establecer su inicio implicaría identificar en el tiempo un evento que marca un ‘antes y un después’; esto conlleva no solo el riesgo, sino la imposibilidad de reducir el entendimiento de la construcción de identidades e intereses, así como de las prácticas de los diversos actores involucrados. Con toda seguridad, este enfoque no podría explicar procesos complejos de transición que escapan a una sola fecha o hecho trascendental.

En este orden de ideas, el propósito de este estudio es mostrar las tensiones de las relaciones civil-militar circunscritas durante la intervención armada de EE.UU. en Corea a inicios de los años 50, y cuyo punto focal de interés, en el presente estudio, se centra en la destitución del general Douglas MacArthur, en 1951. Sin embargo, y como fuera mencionado al inicio, en un contexto de ambivalencias y cambios estructurales, como los producidos durante la reconfiguración de un naciente ‘nuevo orden’, este estudio requiere abarcar una dimensión temporal que permita descubrir en varios hechos históricos las “prácticas sociales” formadoras de identidades. A partir de estas premisas, el abordaje de cada temática específica intentará mostrar las tensiones y paralelos de los modelos teóricos de análisis empleados. Para el efecto, se tomará en consideración un contexto que va más allá de los eventos que giran alrededor del punto focal indicado –la destitución–. Estos elementos empíricos posibilitarán evidenciar la profunda inestabilidad y acelerada transición entre el ocaso de la Segunda Guerra Mundial (II GM) y la posguerra inmediata, y su influencia en este caso de estudio.

Para empezar, se explicará, desde la perspectiva teórica del liberalismo en las relaciones internacionales, la decisión tomada por el presidente Truman de destituir al general MacArthur. En este sentido, se enfatizará el valor de las instituciones y su papel de conexión entre la política doméstica y la exterior; en especial, se explorará el desarrollo de las mecánicas de cooperación en un contexto de incertidumbre y bajo la influencia de una perspectiva histórica de autopercepción del pueblo estadounidense.

Seguidamente, sobre la base de la óptica de la dicotomía agencia-estructura, se planteará la necesidad de emplear este binomio como par teórico de comprensión del proceso de formación de identidades e intereses. Esto permite explicar el desarrollo del conflicto y, por lo tanto, la decisión de remoción del citado general. A partir de ahí, se buscará descartar las explicaciones provenientes desde perspectivas neorrealistas o neoliberales, que abogan por la comprensión de las relaciones entre los Estados, soportadas en propiedades sistémicas no mutables, como: la anarquía del sistema o los mecanismos de autoayuda. Esto permitirá determinar qué elemento –la agencia o la estructura– explicará de mejor forma la evolución del conflicto y el desenlace de las tensión civil-militares anotada.

En tercer lugar, considerando la perspectiva sociológica de Samuel Huntington, se explicará, desde el ejercicio del control civil-militar, los factores que, sobre la base de la lógica castrense, incidieron en la desvinculación de la política y la estrategia. Las tensiones de estos dos aspectos marcarán posturas diferentes entre el nivel político y el nivel de conducción militar. La naturaleza de la sociedad americana, la incompatibilidad entre la política y la estrategia, así como el factor psicológico producirán un desenlace no esperado, el relevo de mando de uno de los generales más idealizados en la historia de EE.UU., que fuera conocido como “el César Americano”.

LIBERALISMO Y RELACIONES INTERNACIONALES: LA DESTITUCIÓN DE UN HÉROE

Los principios del liberalismo han sido generadores de instituciones y de derechos que, independientemente de sus propuestas particulares (el liberalismo conservativo y el liberalismo de bienestar), se fundamentan en principios básicos como la igualdad jurídica y la soberanía del Estado. Estos, aplicados en el ámbito internacional, se han constituido en pilares de la preservación de la paz mundial, sobre todo por las repercusiones que el apareamiento del arma nuclear tuvo como amenaza a la existencia humana. En este sentido, se espera que la política exterior de un Estado no se encuentre sujeta a la autoridad de otro Estado o subordinado a grupos internos como monarquías o castas militares (Doyle, 1983).

Pese a que la ‘guerra’ no es el instrumento que se aboga desde esta corriente de pensamiento, la afectación del derecho de un Estado a encontrarse libre de intervención extranjera es causa que justificaría el uso coercitivo de la fuerza, la cual se ha constituido en piedra angular de la teoría liberal en las relaciones internacionales (RI) (Doyle, 1983).

Si consideramos que el fracaso de la Liga de Naciones y el consiguiente desenlace de la II.GM fueron muestras indudables del postulado realista de la existencia de un orden internacional anárquico, no siempre con los incentivos a la cooperación, también evidenciaron una puerta abierta a nuevas interpretaciones –como la otorgada a través de la teoría de los juegos–, al mostrar que los dividendos o resultados de una interacción dependían de factores contextuales como: la geografía, la experiencia, la tecnología militar, entre otros; factores que inciden en las acciones de los actores (Doyle, 1983, p. 220). A propósito de esto, una interpretación de corte constructivista, que no se estanca en etiquetar potenciales conductas o explicarlas en apego a parámetros predefinidos –como el caso de las escuelas citadas–, mostrará que estas son subordinadas a los resultados de la interacción (El constructivismo mira la identidad en un contexto histórico, no en tanto el neorrealismo la percibe como ligada exclusivamente a los propios intereses de los estados.” (Hopf, 1998, p. 175)), donde la anarquía no es una condición sistémica predeterminada o sin posibilidad de variación.

No es desconocido que el uso del arma nuclear en Hiroshima y Nagasaki conllevó a muchas interrogantes sobre la ‘utilidad’ de esta tecnología. El conocido ‘dilema de seguridad’ demostraría más tarde sus limitaciones explicativas, sea cualquiera que fuera la proporción del balance nuclear existente (Doyle, 1983, p. 221). Sin embargo, estos cuestionamientos de la limitación que la política debería imponer a la guerra –como fenómeno social–, no fue contraria a la lógica militar dominante durante los primeros años de posguerra, que requería una posibilidad real de materializar la denominada “victoria militar”, cuya máxima expresión de horror fue la lograda contra Japón en 1945. Esta percepción se aprecia, de manera irónica, en la frase de MacArthur: “No existe sustituto para la victoria” (Huntington, 1964, p. 450). En este sentido como lo expresa Raymond Aron, la identificación de la “paz a través del equilibrio” se entendería como una potencial fuente de recursos que evite o reduzca la posibilidad de un conflicto armado sin ganadores, el cual se encajaría con el modelo bipolar de la guerra fría. Sin embargo, no quedaría vedado el uso o “manipulación” de terceros Estados o apoderados como campos de confrontación bipolar (Doyle, 1983, pp. 223-224). Es importante considerar que este proceso de reinterpretación de realidades se produce en plena transición de un nuevo orden mundial, que inició su caracterización antes del fin de la II GM, durante las evidentes tensiones que afloraron en los encuentros de los ‘Tres Grandes’, que se vio afectado, entre otros aspectos, por los reclamos soviéticos como potencia ganadora. La desconfianza entre EE.UU. y la URSS se mostró más

evidente desde abril de 1945, por el incumplimiento de este último país de los aspectos pactados en la Declaración de Yalta, en especial en lo referente al caso Polonia (Kissinger, 1996, p. 403).

Concurrente a lo mencionado, y guardando la lógica de la polaridad señalada por Doyle, una vez que la URSS alcanza una limitada capacidad nuclear (1949), y que el gobierno de China se torna comunista, los soviéticos apoyarán ‘tras bambalinas’ la reunificación forzosa de Corea y la consiguiente expansión del comunismo en ese sector del Asia (Doyle, 1983). No obstante, la preocupación con la ‘caída’ de China era mayor, pese a las reales limitaciones de ese país desde 1949, toda vez que EE.UU. había considerado a este país como la futura potencia estabilizadora del Asia. La preocupación se hizo evidente cuando Chang y Halliday hacen referencia a una declaración dada por Mao, en Moscú, en 1957, relativa a que China estaría dispuesta a sacrificar la mitad de su población con el fin de apoyar una revolución de alcance mundial (Marr, 2015).

Desde una posición liberal, la representación republicana del Estado y la separación de poderes fueron medios que permitían que esta estructura material se organice sólidamente y encuentre un marco para enfrentar las amenazas externas. (Doyle, 1983, p. 228). Por lo tanto, este proceso de deterioro de la paz e incumplimiento de los principios que debía la ONU proteger –como institución naciente de ese nuevo orden– conllevaron a que con el aval de esta organización se dé luz verde a la intervención militar en Corea (Weiss, Forsythe, & Coate, 2004, p. 31), lo que sustentó el discurso político de EE.UU. Así, este país intentó posicionar como objetivo el limitar la expansión del comunismo en las zonas bajo influencia americana –léase en el mundo libre– (Hobsbawm, 1998, p. 241), y restaurar el sentido de la soberanía de Corea del Sur. La idea de mantener la paz y la consiguiente intervención de EE.UU. se basó en dos hechos fundamentales: el primero, ligado con la condición que ese país poseía como vencedor en la II GM y única potencia capaz –por los recursos que disponía y los escasos daños sufridos en comparación con la URSS y Europa– de ayudar a volver a las naciones derrotadas a los fueros de la democracia y recuperar sus economías (Kissinger, 1996, p. 411). El segundo hecho hace referencia a la creencia de que a EE.UU. se le reserva un papel trascendental que se configuraría en el denominado “excepcionalismo americano”, el cual esconde un idealismo que calza con los preceptos liberales. El idealismo norteamericano ha tendido a hacer de cada guerra una cruzada librada, no por objetivos específicos de seguridad nacional, sino en apoyo de principios universales tales como: democracia, libertad de los mares y autodeterminación.” (Huntington, 1964, p. 208)

Bajo la predisposición indicada, y soportada en la denominada política de la “contención” lanzada por EE.UU. en 1947, se pensó en la guerra como recurso extremo, pero probable de ser necesario. Sin embargo, el tratamiento de este tema ya durante el conflicto en Corea, conllevó múltiples posiciones en las relaciones civil-militar. Varias eran las razones que generaron puntos de vista opuestos. La primera tuvo como fundamento que la preparación constante para una guerra suponía ineludiblemente que los militares jugaran un papel predominante, con la posibilidad de generar alteraciones a las reglas de juego o a los propios regímenes democráticos (Doyle, 1983, p. 228). En este sentido, debido a la naturaleza de la II GM –esto es, alcance, impacto futuro y necesidad de éxito, etc.–, este fenómeno –la guerra– no había escapado al recuerdo y a la posibilidad de que se vea reeditada. Esta presunción no estaba alejada de una realidad que se palpó con las tensiones del bloqueo soviético a Berlín (1948-1949). En segundo lugar, la II GM permitió que la clase militar asumiera la conducción de la guerra en toda su extensión funcional, con lo que obtuvo como dividendo un capital social significativo (Bourdieu, 2001, p. 148), y cuyo reconocimiento se posicionó en el imaginario colectivo del pueblo estadounidense. Esta responsabilidad notoria fue articulada a la demanda y tolerancia social de las acciones

desarrolladas, mostrando capacidad y prudencia en la movilización de la economía (Huntington, 1964, p. 383). Pese a esta trascendental victoria, el pueblo americano y los principios que profesaba no exaltaban la guerra como solución a las crisis. Todo esto, pese a una falsa y ligera percepción de la existencia de una potencial amenaza directa a suelo americano. Es preciso puntualizar que el holocausto nuclear no se encontraba aún posicionado en la mente del ciudadano estadounidense. Cabe recordar que la carrera nuclear, iniciará después del fin de este enfrentamiento (Marr, 2015, p. 501). A esto se añade el hecho que la capacidad de la URSS durante la Guerra de Corea era reducida, y que la preocupación de Stalin estaba en Europa (Kissinger, 1996, p. 471).

En este marco, la inesperada participación de EE.UU. en la península de Corea –de la cual no se tenía definiciones claras en sus objetivos políticos y militares (Moncayo, 2014, p. 341)–, expuso una decisión de última hora, que confirmaba el escaso interés y predictibilidad de los hechos sucedidos en esa región del mundo. La fijación de objetivos es esencial en toda planificación, su concatenación y alineamiento integran los diferentes niveles de conducción de la Guerra. Así, los EE.UU. subestimaron el proceso de los movimientos nacionalistas en el Asia, los cuales ‘re-surgieron’ con fuerza tras la derrota de Japón –como en el caso claro de Corea (Ferguson, 2011, p. 683). En medio de esta ambivalencia estratégica, se nombró al general Douglas MacArthur como Comandante militar. Él era, sin dudar, un heredero nato de un prestigio importante ganado en la campaña del Pacífico. Así, las acciones militares iniciales tuvieron, con el desembarco en Inchon, una sensación de éxito inicial extraordinario. El ‘aparente’ objetivo inicial de restablecer la línea del *status quo* en el paralelo 38 fue dejado de lado por el ímpetu de las acciones iniciales. Tal fue esta ‘indefinición’ que, desde el nivel político, no se discutió en un inicio cuál era la profundidad de las acciones permisibles. “MacArthur hizo presión a favor de un avance hasta la frontera china; en el río Yalu. Deslumbrado por el súbito triunfo de su comandante en Inchon, Truman aceptó” (Kissinger, 1996, p. 468). Pero si este aparente éxito militar no solo engañaba la verdadera capacidad de enfrentar a sus verdaderos rivales, China y la URSS, también ocultaba las escasas posibilidades de sostener el apoyo a estas acciones desde el frente interno, que históricamente solo había sido favorable a las intervenciones cuando estas se fundamentaban como “cruzada ideológica” (Lipset, 2000, p. 87). Esta ha sido una ‘identidad’ propia del pueblo estadounidense, cuya práctica se ha visto reforzada hasta la actualidad. Por ello, si bien los éxitos causan euforias, las derrotas son dardos mortales. Kant predijo que existirán eventos destructivos en la historia, y que estos servirán como hechos educadores de las decisiones que toman los Estados (Doyle, 1983, p. 228). En este sentido, EE.UU. había internalizado en su memoria las repercusiones devastadoras de la guerra, y que se reforzarían por la probabilidad del uso del arma atómica. Esta alternativa se la valoraba como inadecuada, no solo por las repercusiones inmediatas de una retaliación nuclear o la afectación del escenario europeo, sino básicamente como legado futuro dejado por la visión idealista. Truman se había revelado ya profundamente renuente a revelar volver a utilizar de nuevo armas atómicas después de Hiroshima y Nagasaki. “El animal humano...debe cambiar” -había escrito en 1946- o habrá de afrontar la destrucción absoluta y completa, y [...]” (Ferguson, 2011, p. 690). Sin embargo, la discordia y oposición respecto de cómo conducir las operaciones en Corea se trasladó desde los adversarios políticos de Truman, al propio sector militar. Estos aspectos, así como las contradicciones a las premisas indicadas, se ven claramente cuestionados cuando MacArthur se muestra “deseoso de lanzar bombas sobre las fuerzas chinas en Corea ya en 1951, y en eso contaba con la simpatía de los Ministros de Marina y de Defensa” (Ferguson, 2011, p. 691). Era obvio que la apreciación no solo de las capacidades nucleares soviéticas y sus intenciones de respuesta, así como de su

agenda en Europa eran percibidas de manera disímil por las autoridades de EE.UU. En este sentido, la posición tomada por MacArthur ponía en peligro no solo la probidad de la autoridad política, sino que resquebrajaba los postulados democráticos y la posición de EE.UU. en su discurso. Cabe recordar, que la legitimidad de la intervención en Corea se obtuvo por la decisión del Consejo de Seguridad de la ONU, bajo las consideraciones del Capítulo VII de su Carta Constitutiva (Weiss, Forsythe, & Coate, 2004, p. 31). Por lo tanto, el fundamento de ‘precaución’ –desde la visión kantiana– fue una condición *sine qua non* en la construcción del nuevo orden impulsado por EE.UU., lo que compelia a observarlo para, de este modo, fortalecer el régimen propuesto. Esto encaja justamente con el principio kantiano que las guerras liberales se ‘justifican’ solamente con fines populares y propósito liberales, y que la única forma de evitarlas o tratarlas es mudar la atención desde la ley estatal hacia el papel que juega la ley internacional (Doyle, 1983, p. 230). En ese sentido, EE.UU. procuraba evitar una escalada militar, lo que fue criticado desde el sector republicano, si eso significaba “perder la guerra”. Por ello, el pensamiento de “[...] going big seemed marginally preferable to going home” (Casey, 2016, p. 80), alentó la propuesta de MacArthur de ampliar el escenario hacia China, el incremento de tropas, así como la posibilidad de considerar el arma nuclear en la resolución del conflicto. La destitución de MacArthur fue, por lo tanto, coherente con los principios liberales del nuevo orden internacional que se procuraba vigorizar.

Es evidente que estos principios primaron, ya que, pese a que MacArthur fue endiosado (Casey, 2016), este jamás pudo capitalizar su actuación en el campo político (Huntington, 1964, p. 219). No fue coincidencia que el historiador-escritor William Manchester descubriera en su libro *El César Americano: Douglas MacArthur*, los paralelos con este personaje milenario. En esta obra resalta sus dotes profesionales y también las limitadas habilidades de entender la política, lo que es confirmado por Kissinger (1996, p. 468), cuando señala que pese a que “[...] era un brillante estratega, como analista político era menos sagaz”.

ESTRUCTURA O AGENCIA: EVOLUCIÓN DEL CONFLICTO Y LA TENSIÓN CIVIL-MILITAR

Según Richard Price y Christian Reus-Smit (1998), el constructivismo en el ámbito de las relaciones internacionales conlleva tres presupuestos ontológicos ligados, en primer término, con las estructuras normativas y materiales; en segundo lugar, con las identidades, como aglutinadoras de intereses y las acciones; y, el tercer presupuesto incluye la correlación entre agentes y estructuras, cuyo axioma está constituido por las interacciones de estos, a través de las prácticas sociales (Vitelli, 2014, p. 132). Recordemos que estas identidades se forman en el nivel individual y colectivo, por la acción del mismo Estado, como “formas de visión común” (Bourdieu, 2001, p. 106). Sobre la base de estos parámetros, se procurará develar si fue la estructura o la agencia la que permite explicar la evolución de la denominada Guerra de Corea, así como la tensión Truman-MacArthur, que condujo a la remoción de este General. Considerando que “la práctica es el núcleo de las resoluciones constructivistas del problema del agente y la estructura” (Wendt, 2005, p. 22), se abordará la evolución de los hechos desde sus antecedentes, así como las interacciones endógenas y exógenas que se presentaron durante el período inmediato de análisis.

Considerando los conceptos indicados, es primario resaltar la importancia del contexto, que englobará los hechos históricos analizados y en una ventana de tiempo que permita entender los procesos de formación de identidades e intereses, en una época de transición y ruptura.

Para el efecto, las relaciones de enemistad o la anarquía deben ser tratados como instituciones o estructuras que “dependen de un conjunto de significados intersubjetivamente compartidos” (Vitelli, 2014, p. 141), y no como propiedades sistémicas innatas. Esto confirma lo que señala Giddens (1990) de que la necesidad de estudiar la estructuración implica el intento de determinar las condiciones que gobiernan la continuidad y la disolución de las estructuras (p.121).

La URSS, como actor estatal, había mantenido posiciones de desconfianza respecto de los intereses de los demás Estados, no solo en el acercamiento con los aliados durante la II GM, sino, sobre todo, porque al inicio de ese episodio bélico estableció un pacto secreto con la Alemania nazi para ocupar Polonia en 1939. Este fantasma no había desaparecido. La visión de Stalin, al contrario, no dejaba de pensar en Alemania –nuevamente como la amenaza futura–, por lo que la conquista y ocupación de varios países en su rededor se pensaba como la configuración de una zona de amortiguamiento (Kissinger, 1996, p. 380). La revolución rusa, por otro lado, con toda la carga de su proceso político y las necesidades de industrialización en un país cuya sobre-extensión geográfica lo convertía en el mayor coloso en esta categoría, fue marcado por una identidad “imperial”, afectada por las raíces históricas provenientes de su pasado zarista. Así, la base social de identidad del Estado soviético se complementó con los cambios de la base material de un Estado campesino, mediante la industrialización agresiva y la necesidad de salir de las ruinas (la pérdida de vidas fue 90 veces más que los americanos (Marr, 2015, p. 499)) que heredó de la II GM (Hobsbawm, 1998, p. 236). Cabe recordar que ‘Rusia’ históricamente estuvo siempre cerca de Europa –no del Asia y, peor, de China–. El sueño de sus élites fue sentirse una nación europea, sin recibir este reconocimiento o inclusive ser rechazada por la vieja Europa. Así, la “tradición y la historia rusa alimentarán el sentido ‘misional’ o de cruzada en el proceso de reconstrucción de una identidad socialista” (Kennan, 1946, p. 569). Estos aspectos, en contexto, permiten analizar, desde la perspectiva constructivista, los hechos en función de las identidades e intereses de este Estado (Vitelli, 2014, p. 142). A esta identidad de grandeza histórica afectada por una base material exigua, se sumó la identidad ideológica recién adquirida, cuyos preceptos se “centraban en la teoría leninista sobre el imperialismo, que afirma que las relaciones entre Estados capitalistas y socialistas son conflictivas en sí mismas” (Wendt, 2005, p. 28). A los aspectos citados, se agrega el interés de preservación de su existencia, que se consolidaría en una identidad de “competencia”, al reclamar el estatus de par ‘contrario y natural de EE.UU’. Esta situación le condujo a procurar la disminución de las brechas de capacidades tecnológicas, económicas y militares, incluyendo la capacidad nuclear. Basta recordar que durante la crisis de los misiles de Cuba, EE.UU. aún mantenía una proporción de supremacía sobre la ex URSS. Para ese momento, entre “ocho y diecisiete” cabezas nucleares por cada soviética (Ferguson, 2011, p. 693).

Por otro lado, EE.UU. mantuvo históricamente una posición aislacionista, que no pudo ser sostenida con la obligada intervención durante la fase final de la Primera Guerra Mundial. Este episodio vislumbró la potencial intervención de ese país en los futuros escenarios de “ultramar”, y se selló en los preceptos de compromiso de una paz europea en la “Declaración de los 14 puntos del Presidente Wilson”. Este ejemplo muestra lo mencionado por Giddens, al indicar que “[...] la sociedad es creada y recreada por los participantes, aunque no ex nihilo, (...) es una obra de destreza, sostenida y que ‘acontece’ por la acción de los seres humanos [...]” (1995, p.132). La intervención de EE.UU. en Corea fue concurrente con un sinnúmero de identidades: potencia ganadora de la II GM; abanderada en la lucha contra la expansión del comunismo; potencia liberadora del Asia, etc. A esto se sumó la identidad de “imperialista”, que se le atribuyó por la expansión americana sobre México, la adquisición de Alaska a la Rusia Zarista, la expulsión

española de Cuba, o la ocupación de Filipinas. En este orden de ideas, la intervención en Corea reforzó esa identidad que, al mismo tiempo, alimentó el sentido de grandeza en la autopercepción de un “excepcionalismo americano” (Lipset, 2000).

El orden mundial de la II GM fue caótico; transitó desde la ilusión de la “paz perpetua” -como lo llamaría Kant-, debido al fallido intento de preservación de la Liga de las Naciones. Sin embargo, la falta de compromiso y de acciones afirmativas llevaron a este organismo a desempeñar un papel secundario e inútil. El sistema se observaba anárquico, se apostaba a la autoayuda y al tradicional sistema de alianzas, cuyo entendimiento muestra un comportamiento fijado estructuralmente (Hopf, 1998, p. 174). Estos elementos no pueden ser entendidos como condiciones naturales del sistema internacional, las cuales eran declaradas por realistas y neorrealistas.

Ya durante la II GM, la ineludible interacción entre EE.UU. y la URSS se había intensificado, pese al marco de anarquía imperante, lo que muestra que “los intereses de los Estados emergen de y son endógenos con respecto a la interacción con las estructuras” (Vitelli, 2014, pp. 133-134). Pese a los aspectos históricos indicados, estos dos países mantuvieron un proceso de interacción intermitente entre ellos y con otras ‘agencias’, en un orden internacional que se aferraba a las prácticas históricas de su pasado inmediato, y que no era coincidente con la utilidad o el papel de las instituciones cooperativas positivas, sino, más bien, en las posibilidades de cooperación ligada con la supervivencia estatal; práctica con la que las potencias sellaron el final de la II GM. Esto no afirma que se daba por sentado que ‘los estados son los actores dominantes en el sistema’, o que son ellos los que definen la seguridad en términos exclusivos de ‘interés propio’, sino que, para las condiciones imperantes de ese momento histórico, el sistema podía ser explicado de manera coincidente con ciertos preceptos neorrealistas y neoliberales (Wendt, 2005, p. 2). Al pensar en las fuerzas causales de la guerra, los neorrealistas afirman que esta se produce por la anarquía. De esta manera, se separa la idea del realismo clásico, que atribuye como causa fundamental el egoísmo de la naturaleza humana y la política de poder (Wendt, 2005, p. 5). En este orden de ideas, las identidades e intereses de EE.UU. y la URSS se iban moldeando en un aprendizaje complejo, que descartó los simples cambios conductuales basados en la sola consideración que muestra el antes indicado “sistema de autoayuda”, y que puede ser calificado, más bien, como institución producida en un entorno histórico. Esto se justifica ya que la autoayuda, conforme menciona Wendt, es consecuencia “al proceso, no a la estructura” (2005, p.5). Este tipo de aprendizaje puede ser visto como un proceso de asimilación y acomodación de esquemas, que permite moldear identidades, y no simplemente explicar conductas reactivas o decisiones racionalistas. Las “actividades sociales humanas son ‘recursivas’, las prácticas que poseen la mayor extensión espacio-temporal en el interior de esas totalidades se pueden denominar instituciones” (Giddens, 1995, p. 54).

La redefinición de las estructuras a lo largo del proceso histórico indicado incluyó los factores intersubjetivos, que se identificaron a partir de los mutantes patrones o grados de amistad o enemistad, de conformidad con el *status quo*, o de una política de revisión de relaciones que se dio entre EE.UU. y la URSS. Todo ello llevó al reposicionamiento de los ‘intereses de seguridad’. Consideremos que las identidades son percepciones que varían ‘por y a través’ de las identidades e intereses de otras agencias. Así, la percepción de amenaza que representó la ocupación militar de Corea por parte de los comunistas del Norte, durante el surgimiento de la dinámica de la Guerra Fría, sumada a las explicaciones de una competencia bipolar global que apenas iniciaba, se vio agravada por la toma de China por parte de los comunistas. Esto afectó los cálculos iniciales, toda vez que a China se le había reservado un papel protagónico

en el esquema de seguridad planteado por EE.UU, antes que finalizara la II GM. Por ello, la intervención militar de EE.UU. no puede ser explicada de manera simplista, por la ausencia de una ‘autoridad central’ y/o la no existencia de una fuerza con capacidad de poner orden en el sistema internacional. La ONU había sido creada con el propósito de impedir la guerra y de preservar la paz. Sin embargo, la presencia de EE.UU. en Corea fue percibida de varias formas, pese a la legitimidad dada por esa organización para la intervención. Así a EE.UU. se lo percibió investido de la identidad de aliado en la reconstrucción de Japón –por la condición de potencia vencedora–; también se identificó como Estado colonizador –visto desde facciones domésticas contrarias a la presencia americana–, o como poder dominante global por sus ‘prácticas sociales’, como el despliegue de medios militares en varias bases en el Pacífico próximo. Lógicamente que, para la República Popular China (no reconocida en ese momento como Estado), la ex URSS (en abierta contradicción ideológica y con implicaciones de competencia militar e inclusive de tipo económico-autárquico), y para Corea del Norte, la identidad de EE.UU fue el producto de interpretaciones y expectativas intersubjetivas, sustentadas en intereses de dominación y/o control de recursos. Ello reflejó, en parte, la identidad de “un gendarme mundial”, con claras intenciones de patrocinar o impedir la expansión comunista en la región asiática. Esto último se manifestó principalmente con la Doctrina Truman (1947), que marcó un punto de inflexión en la política de EE.UU., y que aterrizó en iniciativas como el Plan Marshall o la articulación de la OTAN –como alianza para la defensa de Europa– (Kissinger, 1996, p. 431). La serie de aspectos señalados fueron el resultado de un proceso de “distribución de conocimiento” (Wendt, 2005, p. 7), que condujo a que cada uno de los Estados involucrados formaran sus propias concepciones de su posición en el sistema y de las posiciones de los demás.

Pero si las agencias definían e interpretaban, a través de los intereses y de las identidades percibidas, la estructura se iba alimentando de prácticas sociales. En este sentido, un factor que mostró este proceso de redefinición de la estructura por parte de las agencias (EE.UU. y URSS), fue el desarrollo intangible de las restricciones normativas sobre el potencial empleo de armas nucleares. Sin la necesidad de que existiese un acuerdo tácito, este proceso fue descartando como opción válida el empleo de estas capacidades de destrucción. Ello obedeció a varios factores que ya fueron citados en la primera parte de este estudio, y que hacen referencia a la ‘base material soviética’. En este caso, una explicación realista desde la estrategia de equilibrio de poder hubiera sido insuficiente si se buscaba justificar la sola abstención del uso de estos armamentos (Vitelli, 2014, pp. 143-144). Así, la restricción se convertiría en ‘normas de prohibición’, con elevado interés en la política internacional, lo que provocó la disuasión de su uso. Esto contribuyó al proceso de devaluación de dichas normas, por ser consideradas armas inaceptables. Ello evidencia el hecho de que los significados colectivos son los que forman las estructuras y, segundo, que el significado en torno del cual se organiza la acción surge de la interacción (Wendt, 2005, pp. 7, 12).

Durante la transición, entre el fin de la II GM y los primeros años de la posguerra, se materializó el postulado de que “a veces las situaciones no tienen precedentes en nuestra experiencia, y en estos casos tenemos que construir su significado, y nuestros intereses, bien por analogía o bien inventándolos desde el principio” (Wendt, 2005, p. 8). Esto es lo que sucedió en el intenso proceso de interacciones sumergido en la incertidumbre de intereses. Las prácticas del pasado fueron referentes, así como los elementos de cada país en su devenir histórico. Por ello, sobre la base de las consideraciones anotadas, desde la óptica de la dicotomía (agencia-estructura), el elemento que explica más acabadamente el desarrollo del conflicto es la ‘agencia’, considerando el grado de incidencia que tuvieron los actores en la reconstrucción o invención de

estructuras normativas. En una categoría menor, el desarrollo de las estructuras materiales de la posguerra inmediata fue un aspecto moldeado mayormente desde las agencias, antes que desde la estructura imperante. En este sentido, y en respuesta a la segunda parte de la interrogante, la destitución del general MacArthur obedeció a un posicionamiento y esfuerzo de una de las agencias (EE.UU.) para reconstruir ‘conductas predecibles’ ((Hopf, 1998, p. 175) en referencia con la necesidad de robustecer la base normativa, y que fuera, en parte, coincidente con los intereses dominantes de EE.UU. y la URSS de delimitar el conflicto, restringir el uso de las armas nucleares y dejar sentado un precedente que evitaría el empleo a priori –por lo menos inmediato– de estos medios (Marr, 2015, p. 500). Las declaraciones de MacArthur estaban ‘fuera de tono’ de la agenda de los actores dominantes. Por ello, la severidad de la destitución contribuyó a la firme decisión de EE.UU. de consolidar instituciones (estructuras cognitivas) que permitirían regular la producción, proliferación y posterior desactivación de estos ingenios militares. Cabe complementar que el “hecho que la política de poder sea construida socialmente no garantiza que sea maleable” (Wendt, 2005, p. 19). Esto permite colegir que habrá ‘episodios’ que puedan interpretarse mejor desde la agencia, y otros desde la estructura, toda vez que esta última puede considerarse como “constrictiva y habilitante” (Giddens, 1995, p. 61). La riqueza del enfoque constructivista se asienta justamente en la interpretación de las interacciones intersubjetivas, y en cómo estas inciden en las estructuras a través de una práctica estable, al reconfigurar los intereses e identidades de las agencias. En este orden de ideas, EE.UU. y la URSS mostraron niveles de resistencia diferenciados frente a las amenazas a sus múltiples identidades (Wendt, 2005, p. 20). Sus prácticas, por ejemplo, permitieron institucionalizar la limitación de uso de armas nucleares y, sobre todo, consolidar el papel de la ONU. Es por eso que la ausencia de la URSS en el Consejo de Seguridad, cuando se dio luz verde para la intervención militar en Corea, permitió legitimar la decisión, así como contribuyó a la perdurabilidad en el tiempo de la función de este órgano de la ONU. Pese a esta ausencia, que podría significar la poca importancia que este actor (URSS) concedió a la naciente organización, al mismo tiempo fue posible una reafirmación posterior a “no evadir los debates”, y consiguientemente fortalecer la funcionalidad del Consejo de Seguridad. De manera análoga, se puede afirmar que la interiorización de las normas de soberanía y el consiguiente respeto a los derechos territoriales (Wendt, 2005, p. 23) se produce y refuerza por la consolidación del respeto a estas instituciones, a través de la práctica social, y no simplemente por una declaración de intenciones.

CONTROL CIVIL-MILITAR: EL DESENLACE

Las tensiones entre las aspiraciones profesionales y la política extraña a la institución militar son mayores respecto de otras profesiones, debido al potencial grado de impacto que este sector puede causar a la sociedad (Huntington, 1964, p. 136). En este marco, explicar y entender la postura del presidente Truman en la decisión de remover de su cargo al general MacArthur, requiere explorar las condiciones del ejercicio del control civil-militar en el contexto específico en el que se dio este hecho. Esto implica establecer el carácter de la sociedad americana; la evolución del contexto estratégico; y, el ambiente político-doméstico, así como la tensión civil-militar frente a los desencuentros o perspectivas diferentes en el manejo de la crisis y la guerra en sí misma.

El carácter de la sociedad americana se ha identificado con una actitud “pacifista” que, en gran medida, fue el resultado del proceso de construcción del Estado liberal; su expresión codificada se encuentra en el preámbulo de la Constitución de EE.UU. En este sentido, la

participación histórica de ese país en las guerras de Europa en 1812, 1917 y 1941 se justificaron cuando los derechos de los Estados fueron violentados o afectados (Huntington, 1964, pp. 206-207). Lo que sí debe considerarse es que el temor de la sociedad americana a un “comunismo” contrario a los principios del “individualismo y de la empresa privada” (Hobsbawm, 1998, p. 239), era un elemento que aseguraba el apoyo a la política de la “contención”; empero, no necesariamente a una guerra sangrienta y prolongada (Ferguson, 2011, p. 691). La guerra de Corea fue igual de destructiva que la de la Segunda Guerra Mundial, a decir de Ferguson, una “réplica asiática” que eliminaría 3’000.000 de vidas humanas.

En cuanto a la evolución del contexto estratégico, cabe resaltar que cuando finalizó la II GM, la República de Corea no se encontraba en el perímetro de interés americano. Si el paralelo 38 fue la referencia física del encuentro de las fuerzas militares estadounidenses y soviéticas, fue en cierto modo una solución análoga que se adoptó sobre la base de la división de Alemania. Durante los albores de la Guerra Fría, la apatía se evidenció en el reporte N-68 del Consejo de Seguridad Nacional de EE.UU., que colocaba los imperativos geoestratégicos sobre Europa; documento emitido meses antes de la ocupación militar de Corea del Sur (Casey, 2016, p. 81). El mismo MacArthur –un año antes de la guerra– descartó que Corea era de interés de EE.UU. En cuanto a asuntos de política doméstica y la tensión civil-militar se pueden resaltar varios aspectos. Parte de las tensiones entre el nivel político y el sector militar fue el resultado de la excesiva incidencia que tuvieron los militares durante la II GM en la conducción política de la guerra, así como en la participación activa en varias áreas estatales, no necesariamente militares y que se explican a través de la “transmutación”. Una transferencia al tiempo de paz del prestigio e influencia que habían adquirido los militares durante la guerra y de la debilidad de las instituciones civiles y la conducción civil durante el mismo período. (Huntington, 1964, p. 423). De hecho, una vez finalizado este conflicto mundial, gran parte de los oficiales eran absorbidos a posiciones de importancia en el sector gubernamental (Huntington, 1964, p. 423), lo que afectó el control civil-militar durante la transición del ‘estado de guerra’ al ‘estado de paz’. Estos oficiales albergaban una carga emocional ligada con su participación en la guerra y la institución militar.

Conforme a lo expresado, la selección del general MacArthur como comandante supremo de la campaña de Corea conllevaba un riesgo mayor. La participación militar de este general –durante su trayectoria reciente– le llevó a cumplir roles políticos y diplomáticos; basta ver las decisiones tomadas durante las ocupaciones en el Pacífico durante la II GM o aquellas relativas a la rendición japonesa y su reconstrucción. Vale recordar que él fue desplegado para atender la crisis desde el mismo Japón, en donde cumplía funciones de menor carga militar (Huntington, 1964, p. 391). Los asuntos civiles y el gobierno militar, al menos respecto a las operaciones de ultramar fueron en su mayor parte zonas de responsabilidad militar” (Huntington, 1964, pp. 391-392)

Un segundo aspecto, que conllevó tensiones entre el sector civil-militar se ubicó en las indefiniciones de los ‘objetivos’ que debían ser alcanzados, al decidirse ejecutar la intervención en Corea. Era evidente, como señala Kissinger en su obra *Diplomacia* (1996, p. 338), que EE.UU. durante la Guerra y en parte en la II.GM, adoleció de una visión que integrara la concepción de su política nacional en fases secuenciales y congruentes entre la política exterior y la estrategia. En una guerra limitada, como la de Corea, “si los objetivos militares y los políticos no están sincronizados desde el principio mismo, siempre habrá el peligro de hacer demasiado, o excesivamente poco” (Kissinger, 1996, p. 467). Estas incompatibilidades lógicamente aterrizaron en problemas prácticos en la conducción de las operaciones militares. En este sentido, tal indefinición se vería agravada, debido a que la experiencia estadounidense se circunscribía a las denominadas “guerras

totales”, no en tanto Corea era una “guerra limitada” (David, 2008, p. 167). Esto necesariamente requería una aproximación y concepción estratégica basada en nuevos paradigmas, dependiente de definiciones políticas claras, y no de una subordinación de las ‘decisiones estratégicas’ a los desenlaces coyunturales de las acciones militares. Esto fue evidente cuando, frente al éxito inicial en Inchon -que ya fuera anotado- se decidió, ese momento, profundizar el avance hacia el norte (Kissinger, 1996, p. 468). Estos desentendimientos iniciales y el elevado grado de “libertad de acción” que tuvo MacArthur frente a un control civil-militar débil, afectado por la desconexión de la política con la estrategia, le llevaron a proponer soluciones incompatibles con el tipo de guerra y los fines políticos de la misma. Así, por ejemplo, en varias ocasiones sugirió “bombardear bases en Manchuria, bloquear a China, reforzar las tropas norteamericanas en Corea, con base en lo que MacArthur consideraba el ‘modo normal’ de ‘conseguir una paz justa y honorable, [...]’” (Kissinger, 1996, p. 472).

Sin embargo, el mayor peligro del “descontrol” de las acciones militares es lo que Hobsbawm calificaría como el riesgo “a la destrucción mutua, en manos de la clase de generales atómicos y de intelectuales atómicos cuya profesión les exigía que no se dieran cuenta de esa locura” (Historia del siglo XX, 1998, p. 239). Las exigencias termonucleares generaron un sentido de empoderamiento de las instituciones militares (Huntington, 1964, pp. 415-416), lo que fue notorio cuando MacArthur sugirió su posible uso, a fin solucionar el dilema entre una opción de estancamiento o la guerra total (Kissinger, 1996, p. 472).

Pese a que la ‘fuerza del liberalismo’ mantiene posiciones divergentes en cuanto al empleo de la violencia estatal, esta no presenta divergencias en su hostilidad hacia la profesión militar (Huntington, 1964, p. 208), en especial cuando la seguridad militar del Estado se ve deslegitimada por soluciones excesivas. Esto tuvo claros visos frente a una estrategia focalizada en la ‘aniquilación’ y no en la restauración de la paz. Es importante resaltar, que la tensión de las relaciones civil-militar en EE.UU. durante la posguerra era producto del predominio del liberalismo en la política americana.

Las indefiniciones políticas marcadas en varios propósitos expresados como “restablecer la línea del *status quo*”, “mantener la independencia de Corea”, “restablecer Corea a su estado original”, “someter al comunismo” o “derrotar al enemigo” marcaron la desorientación y desconexión con el sector militar. La guerra se prolongó hasta 1953, el frente interno estaba agotado, lo que mostró lo impopular de esta acción de armas. Si bien a mediados del conflicto mostró una adhesión popular al general MacArthur, esta no era al político, sino a la leyenda que dejaron sus historias en la II GM. Un factor poco explorado ha sido el psicológico; sin embargo, hay coincidencias en afirmar que MacArthur no fue representativo de la mentalidad militar y que, más bien, su comportamiento expresó un papel político cuyos valores provenían de fuentes no militares, que bien podrían entenderse por las ambiciones personales de este oficial (Hobsbawm, 1998, pp. 137, 233).

CONCLUSIONES

A lo largo del presente estudio, se destacó la influencia de los principios del liberalismo, como generador de las instituciones cooperativas, y se subrayó su relación con el control civil-militar. Si bien es cierto esta corriente de pensamiento cuestiona la guerra, tampoco la descarta como instrumento para defender sus preceptos. Basado en las lecciones dejadas por la II GM, incluyendo el fracaso de la Liga de las Naciones, se cuestionó la “anarquía” como condición sistémica innata. Esta incidió en pensar la ‘victoria militar’ en términos tradicionales como una

“guerra total”. La lógica de las acciones militares puso en peligro la intención de la construcción de un nuevo orden, así como la consolidación de estructuras nacientes. Las condiciones históricas de la URSS y la afectación de su base material afectada por la II GM, así como la inexistencia de una paridad nuclear, conllevó a un interés mutuo de construcción de normas e instituciones que no abogaban el uso irrestricto del arma atómica. Aunque los intereses parecen coincidentes, estos estaban ligados con los fines últimos, demarcados por diferencias ideológicas y de supervivencia. La incertidumbre provocó brechas en la comprensión de objetivos y en las formas de intervención militar, lo que generó desentendimientos entre la política y la estrategia. Pese a ello, la necesidad de mantener la paz –o por lo menos reducir la extensión del conflicto en Corea– pudo lograrse gracias al papel que se autoimpuso EE.UU., en concordancia con los principios liberales y fundacionales de ese Estado y, en cierto modo, al denominado “excepcionalismo americano”.

En este marco, los éxitos militares iniciales en Corea y el aprovechamiento del prestigio de MacArthur –alentado por facciones políticas contrarias al gobierno– no facilitaron una definición clara de la política de seguridad. Esto fue afectado por el legado heredado por EE.UU., por su prologada intervención militar en la II GM; ello, sumado a la inclusión de militares en puestos gubernamentales claves, generó condiciones de posicionamientos diferentes sobre cómo enfrentar la guerra. La conjugación de estos aspectos explica por qué la coyuntura marcó inicialmente el ritmo de las operaciones bélicas. Estas indefiniciones llevaron a que el revés que sufrieran las fuerzas americanas, por el apoyo abierto de China y de la URSS a la Corea comunista, genere resistencias y contradicciones. Esto colocó en riesgo el interés –no solo de EE.UU.– de generar un nuevo orden internacional. Esta grave provocación al cuestionamiento de la autoridad política y las consecuencias sobre el proceso de redefinición de estructuras condujeron ineludiblemente a la destitución del general MacArthur.

Seguidamente, basado en el enfoque constructivista se muestra cómo la agencia, sobre la base de la dicotomía ‘agencia-estructura’, es el elemento que explica la evolución de la Guerra de Corea y la tensión Truman-MacArthur. Para ello, en un primer momento, se procuró evidenciar desde la teoría que no existen estructuras pre-existentes, como puede ser la anarquía del sistema. Se analizó, por tanto, si las agencias –marcadas por las dos superpotencias– actuaron –o no– subordinadas a las normas o instituciones vigentes, o si esta interacción intersubjetiva tuvo una mayor incidencia sobre la redefinición de la estructura. Para el efecto, se analizaron aspectos históricos de la URSS y se identificó una ‘carga simbólica’ significativa, subordinada a la búsqueda constante de un posicionamiento como ‘estado-imperio’ en el concierto europeo. Estos elementos se reforzaron, bajo una orientación ideológica con la revolución de octubre de 1917. Sin embargo, la II GM, con todas las ambivalencias, permitió generar un nuevo orden, pese a la muestra de señales contradictorias, como la “contención” impulsada por EE.UU. y/o el apoyo a terceros Estados, como fue el caso de la intervención de China en Corea. Estos sucesos incidieron en la ‘asimilación y acomodación’ de prácticas, que llevaron a consolidar una nueva estructura. En el caso de EE.UU., su herencia histórica liberal y la imposibilidad de mantener un ‘aislacionismo’ incidió en la ampliación de intereses y redefinición ‘identitaria’ como agencia, que fueron sustanciales en los cambios estructurales. En este sentido, la cooperación ocupó nuevos espacios. Se generaron y reforzaron instituciones como la ONU. Así, EE.UU. asumió una identidad de regulador del sistema. La URSS se subordinó disimuladamente, frente a la debilidad de su base material y la incertidumbre. El resultado de este proceso intersubjetivo entre las agencias facilitaría, en ese momento y a futuro, acuerdos de autorregulación de un potencial enfrentamiento. Esto se vería en aspectos como: el no uso del arma nuclear, el no enfrentamiento directo, etc. En este orden de ideas, MacArthur produjo señales contrarias, ya que, pese a que sus

declaraciones podían mostrar la firmeza de EE.UU., al mismo tiempo evidenciaban posiciones contradictorias frente al interés del fortalecimiento de instituciones.

Posteriormente se analizaron las tensiones civil-militar. Para el efecto, se consideró la evolución del contexto estratégico. Se destaca que el área geográfica no gozaba de prioridad en la política de EE.UU. Se incluyeron aspectos del carácter de la sociedad americana que contribuyeron a la generación de un debate sobre la necesidad de regular y/o limitar las acciones de violencia. La alta visibilidad de “lo militar”, producto de la herencia de un período extenso de guerra y participación de este sector, alentó el cuestionamiento de las decisiones políticas – situación que fuera referenciada en la primera parte del estudio–. A ello se suma que el general MacArthur, mantenía un capital social importante, por su actuación como comandante en el Pacífico y la reconstrucción de Japón, donde asumió responsabilidades políticas y diplomáticas. Este papel prominentemente no militar, sumado a un direccionamiento político poco claro, incidió en el despliegue de los objetivos políticos hacia los militares; estos últimos afectados por una escasa concepción de la comprensión de las formas de actuación entre una ‘guerra total’, como fue la II GM; y una ‘guerra limitada’, como el caso de Corea. Esto aumentó, durante los éxitos iniciales, el grado de libertad de acción militar, y afectó la redefinición de los objetivos militares sin considerar los lineamientos políticos. Empero, frente a los fracasos ocurridos, las alternativas militares sugeridas incluyeron: pedido de asignación de mayores contingentes, ampliación del área de operaciones hacia China o la posibilidad del uso de armamento nuclear. Este potencial ‘descontrol’, opuesto a la posición de construcción de un nuevo orden, condujo a la destitución de MacArthur. Así, la decisión del presidente Truman se constituyó en un elemento simbólico de importancia, que envió un mensaje a la comunidad internacional –y en especial a la URSS– del direccionamiento de la política de EE.UU.

Este episodio histórico deja lecciones e interrogantes; lecciones sobre la importancia de la cultura y el contexto para entender las relaciones civil-militares e interrogantes como las siguientes: ¿En qué medida la aplicación de los preceptos del control objetivo y control subjetivo son limitantes para entender justamente los contextos?, o ¿Qué ‘tipo’ de democracia, -haciendo una analogía a la paz democrática- es susceptible a que estas formas distorsionen el control y procuren subordinaciones a lógicas políticas sectarias?

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (2001). *Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Casey, S. (2016). When Congress Gets Mad: Foreign Policy Battles in the 1950s and Today. *The Foreign Affairs*, 95 (1), 77-84.
- David, C. P. (2008). *La guerra y la paz: Enfoque contemporáneo sobre la seguridad y la estrategia*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Doyle, Michael. (1988). *Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs*. Part I. *Philosophy and Public Affairs*, Volumen 12, N° 3, pp. 205-235.
- Ferguson, N. (2011). *La guerra del mundo: los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*. Barcelona, España: Debate.
- Giddens, A. (1990). “*El Estructuralismo, el Post estructuralismo y la Producción de Cultura*” en *La Teoría Social Hoy*. México, México: Alianza.
- Giddens, A. (1995). *Política, Sociología y T. Social*. Barcelona: Paidós.
- Hopf, T. (1998). The promise of constructivism in international relations theory. *International Security*, 23 (1), 171-200.
- Hobsbawm, E. (1987). *La Era del impero*. Buenos Aires: Crítica.

- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires.
- Huntington, S. (1964). *El soldado y el Estado. Teoría y política de las relaciones cívico-militares*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Kennan, G. F. (1946). Sources of Soviet Conduct. *The Foreign Affairs*, 25 (4), 566.
- Kissinger, H. (1996). *Diplomacia*. Bailén, Barcelona, España: Fondo de Cultura Económica.
- Lipset, S. M. (2000). *El excepcionalismo norteamericano: Una espada de dos filos* (Primera ed.). México D.F, México: Fondo de Cultura Económica.
- Manchester, w. (2008). *American Caesar: Douglas Mac Arthur 1880-1964*. Back Bay Books.
- Marr, A. (2015). *Uma história do mundo*. (B. Vargas, Trad.) Rio de Janeiro, RJ, Brasil: Intrínseca.
- Moncayo, P. (2014). *Poder y Conflicto*. Cap.XI. Quito, Ecuador: El Conejo.
- Vitelli, M. (2014). 20 años de constructivismo en las relaciones internacionales. Del debate meta teórico al desarrollo de investigaciones empíricas. Una perspectiva sin un marco de política exterior. *Revista de Reflexión y Análisis Político*, 19 (1), 129-162.
- Weiss, T. G., Forsythe, D. P., & Coate, R. A. (2004). *United Nations and changing world politics*. Boulder, Colorado, USA: Westview Press.
- Wendt, A. (2005). La anarquía es lo que los estados hacen de ella: la construcción social del poder. *Relaciones internacionales 1:1-47*. (1), 1:1-47.